

poéticas políticas

Compartir, acercarse, estornudar: cartas a mi hijo sobre las injusticias, el estallido social y la pandemia en Colombia

Compartilhe, aproxime-se, espirre: cartas ao meu filho sobre as injustiças, o estalido social e a pandemia na Colômbia

Share, get closer, sneeze: letters to my son about injustices, the social outbreak and the pandemic in Colombia

Diana Isabel Molina Rodríguez¹

¹Universidad de Nariño, Pasto, Nariño, Colombia. E-mail: molinita15@hotmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-3557-9342>.

Submetido em 19/07/2023.

Aceito em 22/07/2023.

Como citar este trabalho

MOLINA RODRÍGUEZ, Diana Isabel. Compartir, acercarse, estornudar: cartas a mi hijo sobre las injusticias, el estallido social y la pandemia en Colombia. *InSURgência: revista de direitos e movimentos sociais*, Brasília, v. 9, n. 2, p. 683-690, jul./dez. 2023.

insurgência

InSURgência: revista de direitos e movimentos sociais | v. 9 | n. 2 | jul./dez. 2023 | Brasília | PPGDH/UnB | IPDMS
ISSN 2447-6684



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons 4.0.
Este trabajo es licenciada bajo una Licencia Creative Commons 4.0.
This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0.

Compartir en días de pandemia

Querido Martín, soy una mamá que por un asunto de absoluta intuición, durante las mañanas rojas en los veranos de mi ciudad, disponía mi barriga para leerte en voz alta. *Los sueños y el agua*, leíamos primero y luego, en las noches para el frío, leímos juntos el *Agua para chocolate*. Cuando estaba embarazada provoqué varios experimentos a ver qué tanto podríamos llegar a compartir tú y yo aparte de lo evidente: hambre, cansancio, asco, rabia, y descubrí que también podíamos compartir el placer alquímico de leer juntados.

Así que los dos establecimos una forma íntima de leer el tiempo, los ritmos de los tiempos de la literatura, que se mezclaban con la respiración y con la voz.

Y eso que leer en soledad no se comparó jamás con los días en que descubrimos que se podían *minguear* las palabras y los panes. Ahí ellas alcanzaban una verdadera condición líquida, casi se las podía tocar, se multiplicaban fácilmente en el aire y parecían millones de gotitas invadiendo todo nuestro espacio.

Cuando esos días terminaban, regresábamos a casa mojados y repletos de tanto escuchar, de tanto hablar y de tanto comer. ¿Aún lo recuerdas hijo?

Parecía que hubiéramos aprendido a sentir el paso de las épocas igual que cumplía sus ciclos el ritmo del agua que corría por debajo de nuestros pies mojados y por nuestra lengua feliz en los días de la lluvia.

Pero un día no llegó la primavera y nuestros ciclos junto con sus ritmos y respiraciones, todos se interrumpieron a la *fuercita*, como te lo decía yo frente a la sopa de espinacas o de camino a la ducha en las madrugadas oscuras, antes de ir al colegio. Así que no tuvimos ninguna otra opción más que dejar de fluir.

No podremos olvidar nunca esos días mi Martín, porque nos dolió el cuerpo de tanto esperar la llegada de la primavera a través de la misma ventana que daba a la calle.

¿Dices que tú también lo recuerdas? ¿Lo del barco dices? Bueno sí, ese barco lo construí en una madrugada mientras tú dormías. En él jugamos a los piratas, lo llenamos de mapas con rutas de viajes y simulamos pescas abundantes aunque luego no había con quién repartir tanta comida recogida.

Por eso el olor a podrido luego invadía la casa que mantenía las puertas y las ventanas cerradas, sin contar con que, bajo el barco, no fluía el agua de manera natural, mucho menos la respiración en su proa. Fue por eso decidimos rápidamente volver a abrirlas no solo para que entre el aire sino también la gente que afuera moría con hambre de palabras y de panes.

Nos tocaba evitar las palabras mojadas, es cierto, pero eso no impidió que pudiéramos seguirlas compartiendo.

Desde entonces el cuerpo dejó de doler Martín, y la vida nos fue enseñando que el virus del miedo ponía en un terrible riesgo a la humanidad de quedarse completamente sola.



Acercarse para estallar

He pensado seriamente que llegaste de algún lugar secreto del cielo Martín.

Primero analicé muy bien tu mirada puesta en el horizonte, como buscando bien dónde era que quedaba antes tu casa. Luego, me percaté que te comunicabas con las aves y que mandabas recados quién sabe en qué lenguas balbuceadas por ti.

¿Qué no te parecen suficientes pruebas para confirmar mi teoría? Bueno eso pensé yo también en un comienzo, hasta el día en que caíste de la cama y te pegaste duro en la frente. Ese día estuve segura que desconocías los efectos de la gravitación universal, lo cual ratificó mi conjetura inicial de que nunca antes habías pisado esta tierra.

La noche de tu golpe en la frente yo estuve ahí y lo presencié todo. Entendí tu angustia y experimenté el pánico de *nopoderhacernada* mientras tú te hacías daño frente a mis ojos y frente a mi pobre y humana impotencia.

Se trata de una angustia inconclusa que no te deja dormir. Tu papá fue testigo de mis delirios en las noches siguientes a tu caída. *El niño*, dice que gritaba, *se cayó en niño, de la cama*, mientras tú dormías tranquilo entre nosotros dado que tu tamaño, proporcional a nueve meses de haber nacido prematuro, nos permitía a los tres cuerpos que usábamos la cama, ajustarnos juntos sin mayores contratiempos.

El asunto es que, verte caer me mostró el rostro del miedo a no poder evitarlo siendo que me encontraba tan cerca de ti. Luego pensé ¿qué sucederá cuando me encuentre aún más lejos, cuando desaparezcas en tus intentos de volar frente a mis ojos y a mis precauciones incapaces de seguirte Martín? ¿Entiendes ahora sí mi insomnio y el de cualquier mamá como yo, sobre las dimensiones de cuidar a criaturas sin mucha conciencia del efecto de la gravitación universal?

Es por eso que durante estos días, pienso mucho en las mamás del ejército de criaturas que se han tomado los cielos de nuestro país, sin pedirnos mucho consentimiento para ello. Mientras vuelan, esas criaturas atrevidas, pintan con infinidad de colores los silencios complacientes de nuestras paredes blancas. Y cantan, proclamando días justos y mejores para nosotros, que ya nos habíamos abandonado al consuelo de nuestro cielo raso envejecido y sostenido por estatuas muertas.

Pienso en ellas, las mamás digo, y es por ellas que me acerco a las criaturas que ahora pasan por encima de nosotros cuando las tengo cerca Martín. Muchos nos hemos acercado cuanto más hemos podido: no tanto como para caernos y reventar nuestras frentes, pero sí lo suficiente como para verles y para encontrarnos todos y entonces estallar.

Ahora dicen en el mundo que se nos ve, incluso desde las estrellas más lejanas del universo, cuando estamos juntos.



Estornudar y seguirlos buscando

Dicen que cuando uno estornuda tres veces, es porque lo quieren bien. *Salud, dinero y amor* dicen, y relata un viejo adagio popular que los estornudos hay que contarlos para evaluar a ciencia cierta si al día de hoy nos están amando o si, por el contrario, han dejado de querernos.

Así que yo imagino a veces a la gente contando sus estornudos, mi querido Martín. Me gusta imaginarla contándolos a conciencia, como quien se juega la vida en ello, a sabiendas que al final de ese momento eterno y crucial, de ese juego cruel y sin regreso, quizá les sorprenda la desagradable noticia del desamor.

Me ama, dirán estos sujetos si estornudaron tres veces. *Lo sabía en el fondo*, dirán de nuevo, y en una milésima de segundo proyectarán un cuento de amor ajustado al momento feliz por el que están pasando.

Pero luego, quizá en un día de ese mismo año, o de otros, quien sabe, *me ama a medias*, pensarán. Porque esta vez solo han llegado a sus narices impacientes, dos implacables estornudos, ni uno más, ni el asomo de un tercero que antes aparecía con tanta facilidad.

Entonces ya no es conveniente ese relato feliz tampoco, ellos lo reconocen, sino más bien un documental serio sobre el amor, la madurez y el sueño. Sobre los errores y sobre el frío, sobre el cansancio, las ocupaciones, los olvidos voluntarios y los recuerdos involuntarios.

Claro que el peor de los casos es cuando estos sujetos lo han apostado todo para preguntar a la *nariz-oráculo* sobre su destino, y esta vez y sin compasión, su *nariz-espejomágico* les contesta con la noticia fulminante de que el amor ha muerto.

Es cuando salen los sujetos que imagino a cazar su amor perdido, que usualmente estará en casa, a la salida de su trabajo o en un pasillo de la universidad. Y a veces lo encuentran Martín, casi al filo del olvido, y lo abrazan con el abrazo de las pestañas, el que a ti y a mí nos parece tan sabroso. (Aunque este abrazo esté más mojado, porque volver a encontrar también provoca ganas de llorar).

¿Que si ya no está dices? Buena pregunta Martín. Bueno eso pude ocurrir también, es otra posibilidad. Pero no te preocupes hijo, lo mejor es permitir la ocurrencia de los estornudos de manera oportuna y casi espontánea. Así el *S.O.S.* llegará a tiempo y encenderá las alarmas y también la llama de los amores que se estén apagando por nuestro propio descuido.

¿Qué dónde van a parar los otros amores perdidos? Cómo decirlo Martín. Ocurre que, los sujetos de mi historia otras veces, corrieron a la casa donde usualmente

estarían sus amores perdidos, sus criaturas atrevidas, y buscaron hasta debajo de la cama, también recorrieron los pasillos de la universidad, y las callecitas, y los vecinos, pero nada.

No te creas que esos otros perdidos solo terminaron en unos listados espantosos que circulan por la prensa de nuestro país por estos días, no te preocupes hijo. Para ellos se construyeron miles de altarcitos en los corazones, en las calles y en las plazas. Se les enciende velitas y se les canta. Es la forma como la gente descubrió que perder no siempre tenía que ser olvidar, y que el poder político de memoria también podía ser usado para invocar el amor.



Sobre a autora

Diana Isabel Molina Rodríguez

Abogada, Magíster en Filosofía de la Universidad del Valle. Becaria del doctorado en Derecho Universidad de Antioquia por el programa de excelencia doctoral Colciencias. Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO Pensamiento Jurídico Crítico y Conflictos Socipolíticos, integrante de la Red de Mujeres Contitucionalistas de América Latina. Docente de la Universidad de Nariño

Fotografías de autoría de **Zelma Karolina Martínez Montes**, gentilmente cedidas para esta edição.